

do dos escritos, uno en que veintiocho secciones solicitaban la libertad de Hebert, Marino, Dobsent, y otra en nombre del pueblo pidiendo el procesamiento de Roland y la supresión de los Doce.

Herault, delegado general del departamento era un hombre hermoso, noble y rico, un filántropo muy conocido, que hizo su camino por el favor de la reina y de madama de Polignac, de la que era pariente lejano. Era íntimo amigo de Danton. La Montaña tenía gusto en poner en la presidencia esta hermosa y vacía cabeza, solo útil para hacer algunas frases bonitas. La primera que lanzó cuando fué elegido diputado, es la siguiente: «La fuerza de la razón y la fuerza del pueblo son la misma cosa,» y la segunda: «Cuando se violan los derechos del hombre no cabe más que decir: La reparación ó la muerte.»

Tempestad de aplausos. Eran las doce de la noche. En la sala no había más que cien diputados. Los peticionarios se aposentaron en los puestos vacíos sin vergüenza y se sentaron en la Convención como si fueran la familia de los diputados ó cosa parecida. Esta peregrina Asamblea acordó la libertad de los prisioneros, destitución de los Doce y que el Comité de seguridad se encargase de examinar su conducta.

El tumulto fué tan grande que un diputado que se hallaba á diez pasos de la presidencia no pudo entender si el decreto se sometía á votación ó se desechaba sin examinarse. La sala estaba sitiada. Maillard y Chapp quisieron salir. Petion y Lasource quisieron entrar, dos cosas igualmente imposible.

La Convención no podía sentarse en esta sala profanada más que votando leyes que garantizaran su libertad.

Entrar sin fuerzas, sin garantías era entregarse de nuevo á las violencias de los demás.

Un hombre á quien nada asustaba, el bretón Lanjuinais proclamó el 28 por la mañana la nulidad del decreto. A pesar de las afirmaciones de Legendre, Lanjuinais insistió.

Se equivocó al imaginar en todos la misma pasión que le animaba á él. Quiso que la votación fuese nominal. Esto puso de manifiesto la prudencia ó la debilidad de la Asamblea, en la que se había operado una modificación; estaba en estado de postración.

La Montaña tenía casi mayoría. Ella que primeramente no tenía apenas cien votos, que en 15 de Mayo tenía 150, el 28 llegó á tener doscientos treinta y ocho votos.

La Gironda llegó á obtener 279, es decir, cuarenta y un voto de mayoría.

Foufrefre sintió que la Comisión de los Doce, restablecida por esta débil mayoría, debía ceder en algo. El mismo que era miembro de los Doce pidió la libertad de Hebert, Dobsent y otros diputados.

Los dos partidos, á decir verdad, advirtieron su debilidad. Perdiendo los dos, los dos ganaban.

La derecha ganó el asunto de los Doce.

La izquierda ganó ciento cuarenta votos y la libertad de Hebert.

Ninguno de los dos partidos tenía un hombre de acción que realizara un acto de resonancia.

En la sección del Obispado lamentábase la gente: «Ya no hay más que trescientos hombres para repetir Septiembre.»

Y á falta de hombres alistaban las mujeres.

En cierta ocasión el gobierno necesitó fuerzas y pidió hombres á la sección de Mail. Tan solo pudo reunir 25 hombres y de estos 25 dos solo con armas.

Lo que causa verdadera extrañeza es la desaparición del espíritu ó de la gente de París. El número de electores es imperceptible. Salvo tres secciones (las más ricas, la Butte-des-Moulins, el Museo y las Tullerías) que en días de crisis siempre aparecían numerosas las demás no tenían quizás cien votantes. La del Temple para una elección importante no pudo encontrar más que 38 votos.

Se puede afirmar uniendo las cifras y contando cien hombres para cada una de las 48 secciones que toda la política activa de esta población (*compuesta de 100.000 almas*) no excedía de cinco mil hombres.

En Noviembre del 92 Lhuillier, candidato jacobino á la alcaldía de París que apoyaron todos los republicanos contra un realista, no pudo alcanzar más de 4.900 votos. En Junio del 93, los Jacobinos vencedores, dueños de París para una elección parecida, no pudieron obtener más que 4.600 votos, empleando la astucia, la fuerza ó el terror. Se obligó á que la votación fuera en alta voz para dar valor á los débiles. No era esto suficiente, pues si bien se les enardecía votando en alta voz, votaban aun en secreto, ya que la candidatura iba cerrada. No se exige su documentación á los electores y esto les permite votar sucesivamente en varias secciones.

París había presentado su dimisión del puesto que pudiera ocupar en la lucha pública y esto naturalmente prestaba mayores bríos á los exaltados. Nada más fácil que sorprender en las secciones de París decisiones contrarias á los anhelos de la población. Estaban desiertas. Durante la noche del 10 de Febrero del 93 en treinta secciones se firma la horrorosa petición que asustó al mismo Marat.

La *insurrección moral* presentada por Robespierre á los asesinos, á mujeres furiosas é incendiarias, que tronaban y se agitaban en la sección del Obispado, debió producir la hilaridad del público. Las mujeres en el Obispado tenían preponderancia sobre el sexo masculino. Había un centenar que pretendía llevar las riendas del gobierno, aun proteger á los hombres, superándoles en violencia. Maillard, Fournier, Varlet, enmudecían cuando en los Cordeleros Rosa Lacombe subía á la tribuna. Se burlaba de todos, atacaba á los hombres por su debilidad y pedía ciega y furiosamente picas para las mujeres. Ellas harían la revolución.

Los Jacobinos explicaron en vano su insurrección moral. La idea



era muy ingeniosa. Se trataba de que la Convención se mutilara ella misma dulcemente, sin darse cuenta, pereciendo por medio de una gradual y suave asfixia.

Si gritaban los departamentos se les podría contestar: «Os equivocáis; la Convención siempre ha sido libre. Preguntadlo á ella misma: no os lo negará.» Y es seguro que la Convención hubiera contestado: «Sí; yo fuí libre», en vez de decir: «Yo fuí cobarde.»

Todo esto era demasiado sutil para la gente del Obispado. Esta resolvió seguir adelante con los Jacobinos ó prescindiendo de ellos.

Robespierre quedó como abatido. Observó que los furiosos por la brusquedad del movimiento iban á perderlo todo. El voluntariamente se escondió, se anuló, por decirlo así, ante el público. Estaba cansado, extenuado. El mismo decía que no sabía de qué medios valerse para dejarse entender. Su voz fuerte y penetrante el día 26, es débil, asmática, tenue, el día 28. «Reclamo vuestra indulgencia ante mi imposibilidad física de decir cuanto mi extremada sensibilidad me inspira respecto á los peligros de mi patria.» Y el día 29 dijo en el salón de los Jacobinos: «Soy incapaz de indicar al pueblo los medios que tiene para salvarse. Y esto no es posible que lo haga un solo hombre, ni menos yo que estoy agotado por cuatro años de incesante revolución. No soy yo quien puede indicar esas medidas. A mí me consume una fiebre lenta, la fiebre del patriotismo.»

El Obispado procedió con imprudente precipitación. Por sus violencias dió fuerza á los Jacobinos.

En la iglesia de Saint-Paul, calle de Saint-Antoine, los exaltados para colocar en la presidencia á uno de los suyos rompieron en las espaldas de los enemigos todas las sillas del templo. Arrojaron media Asamblea para que gobernara la otra mitad.

En Saint-Roche donde tomaba asiento la sección de Butte-des-Moulins, Maillard realizó un singular intento de terror. El día 27, en este día de crisis en que la sección envió fuerzas á la Asamblea, por medio de su presencia quiso paralizar al enemigo. El fanático Maillard quería ser insultado para realizar su plan, pero no lo consiguió. El presidente dijo que Maillard, siendo miembro del departamento, en día semejante no debió abandonar su puesto. Exasperado por esta moderación salió de la Asamblea requiriendo su banda como si corriese algún peligro y necesitara mostrar sus insignias; después reapareció en una tribuna y desde allí gritó al presidente «que él haría que lo arrestasen.»

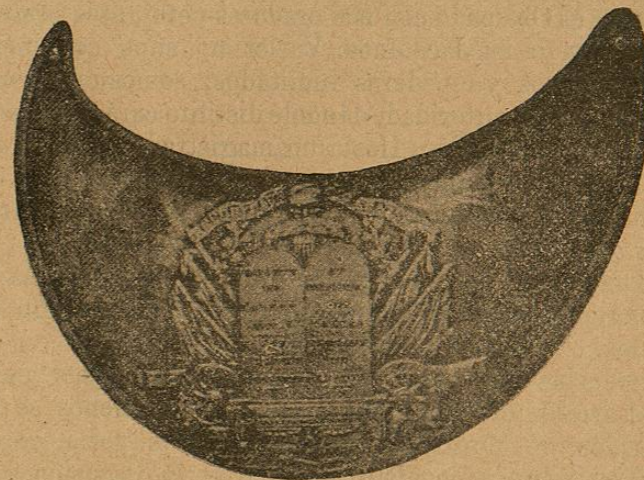
Estos furores no sirvieron de nada. El departamento donde Lhuillier (como si dijéramos Robespierre) ejercía grande influencia redactó un reglamento muy prudente para asegurar la vigilancia de las secciones. Se debía entrar sin armas ni bastones y dar á la puerta por escrito el nombre, sobrenombre y profesión.

Muchas secciones que había contra las del Obispado y los Cordeleros obtendrían el apoyo de los Jacobinos. La sección de Mont-Blanc (calza-

da de Antin) nombró vicepresidente á Lhuillier y fortificada con este nombramiento hizo caso omiso de la invitación del Obispado, rogándole que le enviara sus comisarios.

Las secciones tomaron pronto gran repugnancia al Obispado. Por ejemplo, la sección del Bonconseil no quería ver en el Obispado más que un simple club, nada más. Otra era su pretensión. Creíase un organismo constituido, representado y fundado por el pueblo soberano. Todo esto era una equivocación.

Los delegados de las secciones fueron enviados con poderes *no de-*



Gola de oficial de la Guardia Nacional.

*finidos* para tratar diversas cuestiones. ¿Quería decir esto lo mismo que poder *indefinido* ó *ilimitado*?

El acta denuncia el embarazo en que se encontraban las secciones.

La escena más curiosa ocurrió el día 29 en la sección de los Derechos del Hombre.

En esta sección uno de los más exaltados titubeó cuando tratose de nombrar comisarios con poderes ilimitados: «Es conveniente—dice—saber antes de qué se va á tratar.» Varlet entra en la sala, el héroe recientemente libertado, la víctima, glorificándose á sí mismo, celebrando su triunfo en voz alta. Este modesto mártir se daba á sí mismo la palma cívica. Una niña llevaba detrás de él una rama de roble. Entusiasmada la Asamblea hizo colocar la corona al lado del busto de Lepelletier.

Reina grande alegría entre los concurrentes, presos de radiante emoción. Se trata del nombramiento de comisarios y el primero que se cita es Varlet, con poderes ilimitados.



La mayor parte de las otras secciones, si he de fiarme de las actas, fueron menos obedientes. El Obispado comprendió que estaba muy lejos de ser fuerte. Los hombres más inteligentes aseguraban que no era tan fácil tomar incremento frente á los Jacobinos. Entonces se habló mucho. Parecía que iba á renacer la teoría de la *insurrección moral*. Aun en el Obispado se presentó una bandera jacobina con la siguiente inscripción: «La instrucción y las buenas costumbres igualan la condición de los hombres.»

Lhuillier, después de haber leído estas palabras fué enviado con Pache al Comité de Salud pública, asegurando que no existía peligro alguno, que tan solo se trataba de una *insurrección moral*.

Entretanto el Obispado con sus oradores petulantes pretendía mixtificar la conducta de los Jacobinos. Varlet no supo contenerse: «Nosotros—dijo—tenemos ya poderes ilimitados; somos el soberano. Nosotros reformaremos la autoridad, dándole distinto carácter la soberanía.» Todo esto fué muy aplaudido. Hasta un magistrado que se hallaba presente, Hebert, aprobó estas palabras.

La tumultuosa Asamblea opina que todo París debe insurreccionarse *contra los calumniadores*.

Tan grande era el desorden que la gente no advirtió la presencia de uno de los representantes á quienes se estaba calificando de traidores, Lanjuinais.

La insurrección fué votada con grande oposición por parte de los delegados del arrabal de San Antonio, de quienes menos se esperaba. Los de la sección de Montreuil, jardineros la mayoría, obreros muy ignorantes, dijeron que no podían continuar en la discusión, pues necesitaban distintos poderes para tratar nada menos que de la insurrección. No quisieron prestarse al juego del equívoco y por lo mismo no creyeron que poderes *indefinidos* eran poderes *ilimitados*.

La misma resistencia encontraron en los delegados de Pepincourt, otra sección del arrabal. No querían aprobar nada sin otros poderes. Se debe observar que esta sección estaba entregada en absoluto á Robespierre, pues la presidía su íntimo amigo Herman de Arras, miembro del tribunal revolucionario.

Aun se reveló un espíritu más contrario á las violencias en las secciones del arrabal de Saint-Marceau, fiel á la Convención.

Mientras que penosamente se organizaba la *insurrección brutal*, la del Obispado, la *insurrección moral*, la de los Jacobinos, se organiza más difícilmente todavía.

Su principal agitador Lhuillier, procurador síndico, había convocado el 19 á los miembros del departamento, y dominando por su influencia como agente de Robespierre las violencias de Maillard, dijo á guisa de anuncio: *El 31 de Mayo á las nueve de la mañana, las secciones enviarán comisarios á los Jacobinos, donde se encontrarán las autoridades constituidas*. Robespierre, sin embargo dudaba el día 29. Esta

resolución, principio de su *insurrección moral*, fué formada el día 30 por la noche cuando en el Obispado se desencadenó la insurrección brutal.

La convocatoria jacobina sacó de algunos apuros á las secciones que se hallaban en la revuelta agitada de una discusión cuyo resultado podía ser funesto. La mayor parte de las secciones había recibido una iracunda intimación del Obispado para que enviaran sus comisarios. Esto se discutía cuando llegó la convocatoria de los jacobinos y naturalmente, se abandonó aquella discusión para dar preferencia á la invitación de Robespierre. Tal sección que debía enviar un delegado al Obispado designó al mismo individuo para que asistiera á los Jacobinos, á la misma hora también. Y ¿cuál de los sitios elegiría el delegado? El segundo ciertamente. La Asamblea de los Jacobinos era la de las autoridades del departamento reunidas, mientras que el Obispado no tenía más que el apoyo indirecto, furtivo, digámoslo, así de la Comuna.

Viendo el Obispado que no aumentaría sus fuerzas aplazó la reunión. Aun estaba á tiempo. La de los Jacobinos debían de verificarse á las nueve de la mañana.

De doce á una de la madrugada el Obispado examina los poderes de las secciones. ¿Eran ilimitados? Esto era muy dudoso. Tengo á la vista cuarenta y un acta de las cuarenta y ocho secciones de París. *Cinco solamente hacen mención de poderes ilimitados. Tres conceden estos poderes de un modo dudoso ó para después de los acontecimientos.* Cuatro se niegan rotundamente. Catorce se excusan cortésmente diciendo que no conceden poderes más que para deliberar y formular peticiones. Las demás actas no hablan de esto siquiera.

Lo que asombra es la diferencia de número que afirma el Obispado. Por la mañana aseguró que contaba con los poderes ilimitados de treinta y tres secciones. Hacia las dos de la tarde sus mismos enviados afirmaron que no tenían la adhesión incondicional más que de veintiséis secciones y por la noche sostuvieron con el mayor descaro que poseían las de cuarenta y cuatro.

Sea lo que fuere, el nuevo poder en una hora, desde las doce á la una de la madrugada, nombró nueve comisarios para el Comité de Salud pública: Dobsent, Guzmán, etc. Proclama comandante general de los guardias nacionales al capitán Henriot. La primera orden suya fué el arresto de los sospechosos. A las tres de la madrugada se oyó el somatén que tocaban las campanas de Nuestra Señora de París.

El alcalde Pache, muy inquieto al observar el avance resuelto del Obispado, independiente de los Jacobinos, aterrorizado ante la idea de una colisión entre las dos autoridades de París, la Comuna y el Departamento, corrió al Obispado, pero nada alcanzó. En nombre del consejo general dirigió una comunicación á las secciones recordándoles que se habían de congregarse en los Jacobinos: «Toda otra medida será funesta.»



El Obispado sigue su marcha. A las seis de la mañana sus comisarios con Dobsent á la cabeza se presentan en la Comuna. Hebert, Chaumette, el mismo Pache los reciben con extraordinaria afabilidad. Dobsent enseña sus poderes, *poderes ilimitados de la mayoría de las secciones extendidos en regla, poderes del pueblo soberano.*

En nombre del pueblo Dobsent solicita la renovación, por ejemplo,



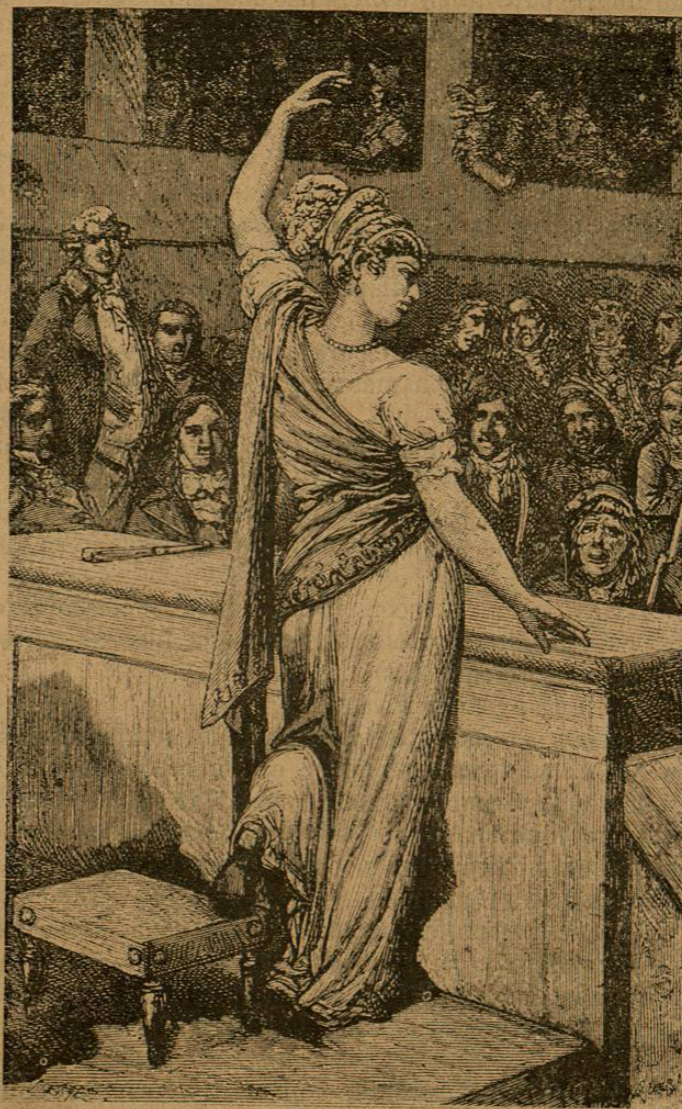
HÉRAULT DE SÉCHELLES

del municipio y del consejo general de París. El pueblo los destituía, el pueblo los nombraba suministrándoles *poderes ilimitados por medio de sus comisarios*. Salen por una puerta y entran por otra.

Al entrar se transforman. Salieron como magistrados de París dependientes de la Convención y entraban como pueblo soberano.

Esta soberanía fué sometida á prueba sobre el campo. La Convención envía al alcalde ¿Qué hará éste? Varlet y los más exaltados no querían que se le obedeciera; sin embargo de estas pretensiones, algunos individuos como Dobsent imaginaron que aun era pronto para entrar

por aquel camino, que nada había organizado y que aun no se sabía si el nuevo comandante de la guardia nacional sería reconocido. Decidie-



Rosa Lacombe subía á la tribuna. Se burlaba de todos, atacaba á los hombres por su debilidad y pedía ciega y furiosamente picas para las mujeres. (Pág. 63)

ron la obediencia y que *Pache diera cuenta ante la Convención de los acuerdos que se tomaran.*

Este fué el primer disenso. La segunda cuestión en que hubo discrepancia fué en la de si se sacaría el cañón de alarma. Después de